



Palabras de aceptación

El Premio Neruda que se otorga cada año al más destacado poeta menor de 40 años ha sido recibido por Gonzalo Millán, Raúl Zurita, Diego Maquieira, Clemente Riedemann y Carlos Alberto Trujillo. Esta supremacía masculina sufrió este año una interrupción pertinente: el jurado decidió otorgárselo a Teresa Calderón. Lo que sigue es lo que dijo en la ceremonia de premiación.

Teresa Calderón

Un premio significa para el elegido escuchar una voz en off que dice: *vamos bien, mañana mejor*. El Premio Neruda significa lo mismo, pero amplificado en F.M. y transmitido por TV Cable o vía microondas.

Es también, en este caso, un premio al trabajo de las mujeres. Nosotras, aún en estos tiempos del cólera, llevamos impreso en la frente, como un estigma, el rótulo del *sexo débil, seres de cabellos largos e ideas cortas*. Nos dicen que usamos la cabeza sólo cuando la llevamos a las peluquerías que nos hacen llorar a gritos. Que somos emocionales, no veo cuál sea el pecado. Oímos a título de halago que para ser mujeres, maneja mos bastante bien, y en definitiva, que *si la mujer fuera buena, Dios también tendría una*.

Para nosotras, representantes del género femenino, pareciera ser que toda actividad sólo fuera posible a costa de grandes sacrificios y renunci as. Una mínima empresa se transforma en aventura que a la *Odisea* la deja como niña de pecho, y el sacrificio queda oculto en las sombras nada más, o entre las paredes de la casa. Porque si bien para todos, la carga es pesada, aunque en el camino se vaya arreglando, al mujerío constantemente se le están pidiendo pruebas de esfuerzo y rinde la prueba de aptitud diariamente, dentro y fuera de palacio. Estamos sobreexigidas, debemos ser doblemente eficientes y demostrar que

todo es requetecontra merecido.

Alguna vez leí que García Márquez manifestaba una rendida admiración por las mujeres, esas criaturas de prodigio, que entre muchas otras cosas, eran capaces de desplegar toda su imaginación e ingenio para que no faltara el papel confort en el baño.

Las mujeres, estupendas artistas de la plástica: hacen dibujos con la plata. Multiplican el pan en la alquimia de la buena voluntad. Son presidentas, demócratas, respetuosas, como nadie, de los derechos humanos en la República Independiente del Hogar. Chef de la cocina familiar: calculan proteínas, balancean dietas. Lavanderas, modistas, niñas de mano, profesora de toda la proge nie. Doctoras de ojo clínico envidiable; confirman diagnósticos sin más examen que la mano en la frente. Sicólogas: captan los males en el desorden de una pieza. La Maga: camina veinte cuadras porque pasan el Potemkim y hay que verlo. Adivinas de olfato perspicaz para registrar el olor a leña de otro hogar. Bruja de las venganzas. Diseñadora, decoradora de interiores, tramoyista. Mujeres que entran en crisis si alguien les pregunta *¿y tú, en qué trabajas?*, porque responden derrotadas por la culpa: *¿Yooo? No, nada; no trabajo, soy dueña de casa, no más. Para todas ellas. Trabajadoras de tiempo completo, sin sueldo, sin isapre y sin vacaciones.*

Una especial dedicatoria a

mi familia, mayoría absoluta de mujeres: a mi mamá que nos sigue contando el cuento y cocina delicioso, a la Ceci a la Lila, flor de hermanitas que tengo. A mi papá que cree en los libros con una fe realmente envidiable: entrará al reino de los cielos; al menos irás a la Isla de los Bienaventurados donde espera Jean Paul Lihn.

A la Angélica Silva que no dejó montaña por mover, ni gestión que realizar para traer de regreso a Martín Cerda desde el templo de la muerte.

A la Colorina, por andar poniendo puntos sobre las íes con todo el vigor que no le han quitado los golpes ni le quitarán los años. A la Irene Domínguez que va y viene París-Santiago-París montando exposiciones. A la Miriam de impronunciable apellido que me hace tropezar en las sílabas polacas llenas de consonantes, por su claridad cuando observa, comprende y aconseja. A Sun Axelsson, la reina de las nieves escandinavas, porque no escatima el cariño ni el entusiasmo por la poesía chilena.

A Tomás Harris, por todos los favores concedidos, porque juntos estamos conociendo el lado brillante de la vida. A mi hijo Gustavo, por todo lo que él sabe e imagina. Y a todos los poetas, hombres mujeres y otros, hermanos de esta generación que nos tocó en suerte -o en desgracia- y a la que pertenecemos todos los que empezamos a escribir golpeados por el 73.

Por último, que este premio no salga nunca del redil de la poesía; que ningún azar ni arte de birlibirloque abra puertas a otros géneros que ya suficientes espacios los acogen. Si ha nacido para los poetas, que se quede entre los poetas. Y que para las mujeres no sea un premio bisiesto. Vale. ■